

TRÍPTICO

Wilmer Basilio Ventura

*A Leonardo Cárdenas Luque,
In memoriam*

I Presentimiento

Hace un tiempo le regalé a mi novia una bella fotografía. No estaba yo en la foto, sino su padre, a quien ella jamás conoció, pues él murió antes de que mi novia naciera. Lo tenía a su lado, joven, sonriente, y muy parecidos ambos. Ahora tienes un recuerdo con tu viejo, le dije, y ella me abrazó con lágrimas en los ojos. Me sentí feliz de haber hecho ese montaje y de restituirle lo que la vida le había arrebatado.

Sucedía, sin embargo, que cuando me acordaba del retrato me arrepentía: algo sombrío percibía en la foto y un frío helado punzaba mi estómago. Intentaba no pensar en ello, en no dejar salir esa idea, en hundirla en la oscuridad en la cual habitaba, pero insistente agitaba mis nervios como si de algo me advirtiera. Para aliviarme, decidí contárselo a mi enamorada y la llamé por teléfono. Su madre me contestó llorando.

II Nostalgia

Una bella muchacha habita el departamento último del piso en que vivo. Todas las mañanas escucho el sonido de su puerta y el compás de sus pasos. Cuando asomo por mi ventana -que mira a la calle- nunca doy con ella; siempre son los otros, inquilinos también, hombres y mujeres, que caminan de prisa. Y a pesar de que he aguzado el oído y tomado el pulso a mis vecinos, cada movimiento parece provenir de esa última puerta... Escucho de nuevo sus pasos, asomo por mi ventana y otra vez no es ella. Me pregunto si alguna vez la he visto.

III Dolor

Una fina luna me separa de la mujer que amo. Ella todas las noches aparece en el espejo de mi habitación y me invita a juntar los labios y las yemas de los dedos. Yo voy hacia ella, pero inútiles son mis intentos: el espejo que la guarda me obliga a adorarla desde lejos. En momentos de desesperación he tenido la tentación de arrojarme contra el cristal, pero el miedo de perderla entre los fragmentos de vidrio me lo ha impedido. ¿Cómo poder tocarla? me pregunto cada mañana antes de despedirme. Ella, que adivina mis pensamientos, busca consolarme con sus palabras, que se hunden en la lámina transparente, como disueltas en agua sorda.

A veces, cuando me rindo y creo que le diré adiós, una voz me llama, ingresando a aquella parte de mí donde habita la infancia. Pego mi rostro al espejo y siento por unos segundos sus manos. Ella triste me mira y me pide que no la abandone. Yo la veo y pienso que nuestro amor disolverá el vidrio. En los días posteriores, ella me observa desde el

fondo del cristal; da pasos luego, se acerca y extiende los brazos. Voy a su encuentro... Mis manos repiten su vano ritual nocturno.